

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

SEMANA SANTA

Tradicionalmente, había momentos dedicados a la reflexión sobre nuestra vida y nuestro comportamiento. Los hemos rechazado porque pensábamos que era una triquiñuela religiosa para adoctrinarnos. Y acaso, una vez más, al vaciar la bañera, el niño se nos haya ido con el agua sucia por el desagüe. Les pondré un ejemplo. Cuando éramos niños nos acostumbraban a hacer examen de conciencia por las noches, para saber si nos habíamos portado bien o mal. Muchas voces se alzaron contra lo que consideraban una culpabilización feroz de

la mente infantil. Una educación para el miedo. Fueron más allá, y defendieron que tampoco los adolescentes tenían que reflexionar sobre su comportamiento. La espontaneidad se ha vuelto ideal de vida y eso supone rechazar la reflexión antes y después de la acción. Todos vemos a personajillos en televisión diciendo, como un alarde de autenticidad y virtud, “yo no me arrepiento de nada de lo que he hecho”. Arrepentirse es, a su juicio, un símbolo de inautenticidad, y de deslealtad con el propio pasado. Supongo que eso mismo pensaba *Jack el destripador*. Me parece que hay que recuperar el examen de conciencia, con una condición: que no sólo atienda a lo malo que se ha hecho, sino también a lo bueno que se proyecta hacer.

Había otras dos ocasiones institucionalizadas para animar a la reflexión. Una era el domingo y otra, la Semana Santa. Ambas se han convertido

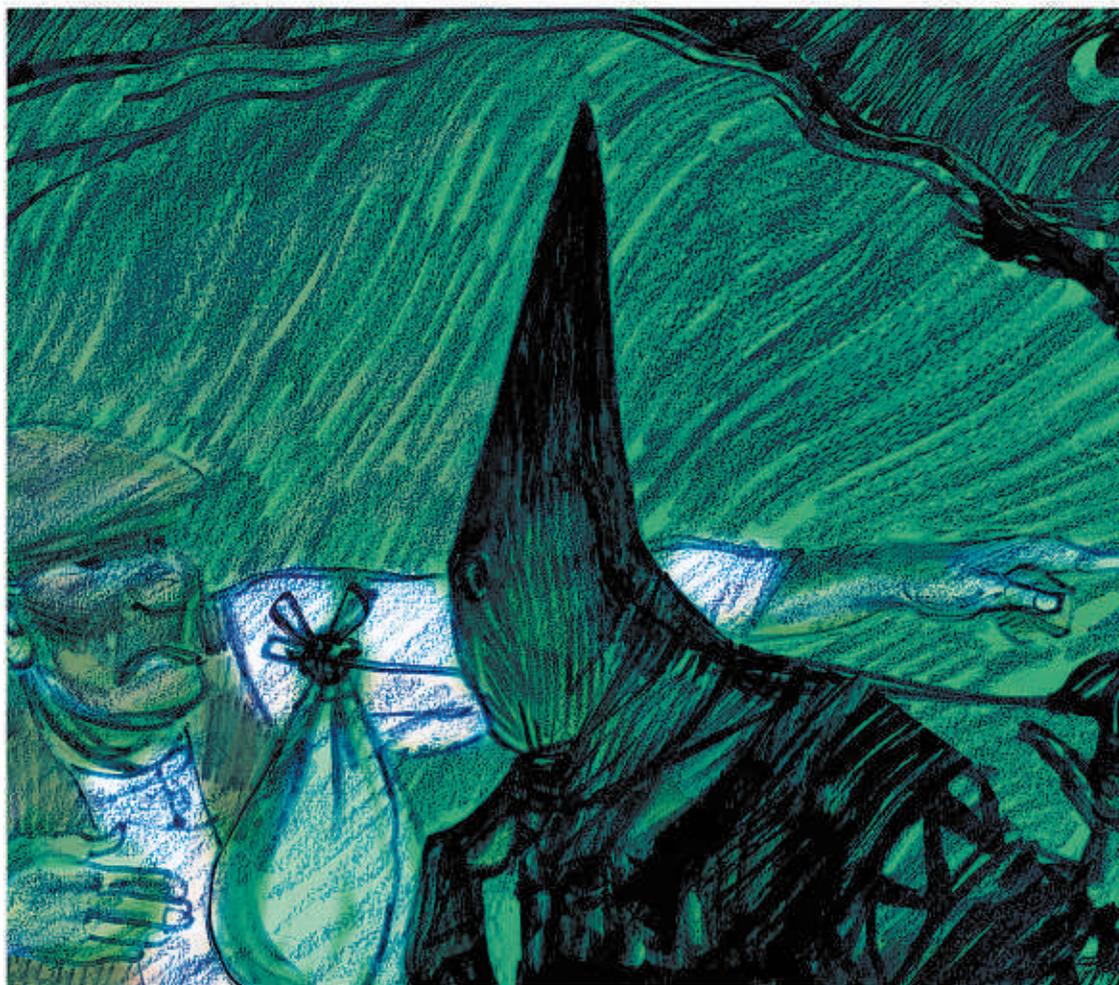
en tiempo de descanso, lo que a todos nos viene muy bien, sin duda, pero que en cierto sentido nos empobrece o, al menos, nos superficializa. Cuando los judíos introdujeron la festividad del *sábado*, no era para descansar, sino para liberarse durante un día de los agobios del trabajo, y pensar en cosas importantes, que para ellos eran esencialmente religiosas. El domingo heredó esa función. Lo esencial era *santificar un día*. Esta palabra puede parecer anacrónica y beata, pero está apuntando a un modo no trivial de entender la realidad. Lo que Rudolf Otto denominó “lo santo” tiene poco que ver con una piedad de cirio y sacristía. Sería

bueno *santificar* laicamente, poéticamente si quieren, las fiestas, para librarnos de la insignificancia.

ESTE ES EL MISTERIO QUE ME PREOCUPA: ¿POR QUÉ ESTUVIMOS BIEN EDUCADOS SI NOS EDUCARON TAN MAL?

El asunto me interesa por un enigma educativo que quisiera resolver. Mi generación –y mucho más la generación de mis padres y abuelos– fuimos educados de manera totalmente equivocada, según los criterios vigentes. Fuimos

víctimas de una sociedad patriarcal, machista, sumisa y reprimida. Es posible que fuéramos así, pero también fuimos la generación del cambio en España. Tuvimos un espíritu crítico mucho más desarrollado que las nuevas generaciones, y un compromiso ético muy fuerte. Este es el misterio que me preocupa. ¿Por qué, en general, estuvimos bien educados si nos educaron tan mal? Sospecho que por debajo de unos programas educativos detestables, de un adoctrinamiento feroz –e inútil–, estábamos recibiendo un *currículo oculto* profundo y benéfico, que me gustaría descubrir, porque tal vez nos haga falta ahora. Creo que tiene que ver con el concepto de *responsabilidad* o de *deber*, que nos era inculcado muy profundamente, pero que no fue un sentimiento de sumisión, sino de despegue y ruptura. Sabíamos que uno de nuestros deberes podía ser el de oponernos. Me parece un asunto de gran transcendencia, que explicaría en parte el fracaso de la educación actual, y me gustaría conocer su opinión. ■



Raúl